Trabajo ganador del Premio Federico Manson en el XIII Congreso Argentino de AT - Catamarca 2017

UN AÑO DIFERENTE (CASO L)

Autor: Yanina S. Rodríguez, Licenciada en Psicología, Acompañante
Terapéutica. Dirección: Carlos Vega 510-Río Tercero, Córdoba Código
Postal: 5850. Teléfono: 03571-15316163, Correo
Electrónico: lic_yaninarodriguez@outlook.es
Ejes Temáticos: N° 1: Teoría, Técnica y Práctica de AT

Modalidad de Presentación: Trabajo Libre

Desarrollo: La demanda provenía de una psiquiatra quien necesitaba una at para un niño de 9 años, con diagnóstico de fobia escolar. Su familia está formada por ambos padres, L y su hermano de 6 años. Acordamos una reunión para pensar la estrategia terapéutica y luego otra con los padres del niño. ¿Quién es L? Sus padres lo describen como un niño impredecible, con explosiones de ira, grita, insulta, rompe cosas y golpea a todos. Llegó a decirles que se tiraría de las escaleras para morir, no tiene amigos, dejaron de ir a los cumpleaños, clubes y reuniones. En la escuela todos lo conocían, le temían, nadie sabía qué hacer con él. En el jardín era tímido, pero podía quedarse sin dificultades, parece que todo comenzó en el ingreso de la primaria ¿Qué sucedió en medio? Solo ingresó al aula dos veces acompañado de su padre, luego tuvo una maestra integradora, con la que permanecía cerca de una hora, pero entraba y se quedaba gritando casi toda la jornada bajo el escritorio de la directora donde nadie podía verlo ni tocarlo, se escapaba de la escuela tenía a todas las maestras corriendo detrás de él, cerrando o vigilando las puertas. Me reúno con la psiquiatra, me señala que su trabajo con L fue progresivo, siempre respetando sus tiempos. L no confía en los adultos, percibía la escuela como un peligro, y resulta que realmente lo había sido, existía la sospecha de que en su antigua escuela, en primer grado él pudo haber presenciado o sufrido una situación de abuso sexual, según los datos aportados por los padres. En esa reunión tal como lo expresa Frank (sf),

elaboramos la estrategia terapéutica para trabajar con L, adecuada al padecimiento de este niño, desde la empatía y el respeto profundo hacia él, entendiéndolo como un sujeto singular. Pensamos que el at debería mostrarse seguro y claro en sus palabras y acciones, respetando las posibilidades del niño. Tal como lo explica Benítez, Del Corro, Machado y Morán (2016) se trabajaría en los planos emocional, conductual y social, para de este modo poder habilitar un futuro proceso de aprendizaje. Sería un camino largo, con la premisa de que este año debía ser diferente para L. En esa reunión encontré algunas respuestas a mis tantas preguntas sobre L, algunas me las dieron sus padres, otras el equipo y otras solo me las podía dar él. Cuando conozco a L se esconde entre los brazos de su madre y gruñe como un animal. Se comporta como un bebé y sus papas le hablan como si lo fuera.

Tal como lo pensaba Frank (sf), comprendía que debía haber cierta creatividad y flexibilidad por parte del at, al trabajar con L, los encuentros variaban en su duración, no existía un juego de interacción, él montaba escenas, siempre de pelea, golpes y muerte, las acompañaba con rugidos, gritos, y caminaba de un lado a otro para cambiar de personaje en las conversaciones. Parecía que L no notaba mi presencia, así transcurrían los encuentros, él montando una escena y yo de espectadora, preguntando cuando él me lo permitía. Con el tiempo fui introduciendo algo de mi presencia a través de juegos sencillos, como consecuencia L se enojaba, me gritaba y daba por finalizado el encuentro. Casi al final de las vacaciones, le pregunté si yo podía ser uno de esos personajes, fue ahí donde por primera vez me dio un lugar en sus historias. Me convertí en “materia gris”, todos los personajes, tenían un poder. ¿Y el mío? es “pequeño pero astuto tiene buenas ideas para arreglar cosas o solucionar problemas”, desde ese día creábamos naves para ir al espacio o viajábamos en el tiempo a través de un portal, también empezamos a jugar con la escuela, con el ruido que no dejaba escuchar, con la seño y conmigo. Esta vez yo iría con él. Pensaba mucho como serían mis intervenciones ahora en otro espacio, cómo respondería él y con qué otras variables me podría encontrar. Recurrí al equipo, y pensamos juntos alguna de las posibles situaciones, pero nada me preparaba para lo que sucedería. Como primera intervención ese primer día fui antes a su casa, iríamos y volveríamos juntos. Mi función sería hacer las veces

de “Espacio Transicional”, entre el niño y lo que tanto lo angustiaba: La escuela (Frank,sf). Al llegar a la escuela L, se arrojó al piso y comenzó a gritar. Les pedí a sus padres que se retiraran, al ver esto corrió hacia al patio de un lado a otro sin saber a dónde ir, gritando y rompiendo sus útiles escolares, comenzó a golpearme ¿debía poner límite o contenerlo? ¿Desde qué posición debía intervenir? Haciendo un esfuerzo por mantenerme calma, le explique que no podía seguir actuando así, que yo estaba para acompañarlo y que podía confiar en mí. En esta escena fue necesario intervenir haciendo borde, sosteniéndolo, y poniendo palabras aquello que sucedía.

En una ocasión corrió hacia la puerta gritando que se iría de la escuela a morir en la calle. Oír eso, era realmente difícil, naturalmente quería correr tras él, pero como parte de mi intervención decidí mostrar nuevamente calma, le expliqué, que las puertas de la escuela estaban abiertas, pero que era peligroso para un niño irse solo. L muy enojado me insultó, se volvió a golpearme, e insistía en que yo iría tras de él. Así lo fue probando, casi todos los días, en incluso varias veces al día. Casi sin darme cuenta, dejó de hacerlo, la escuela se volvió abierta, ya nadie cuidaba las puertas. Empezamos jugando en el patio a la “jungla”, buscábamos lugares seguros donde refugiarnos, a veces escapábamos de los peligros, otras luchábamos, y hasta empezaron a aparecer otros juegos como las escondidas o el gallito ciego, y comencé a verlo sonreír. Con la intención de acercar a L a quien sería su maestra de grado, propongo que le muestre uno de los peluches que habíamos hecho, él acepta nervioso ir hasta la puerta del aula, pero no entrar ni que otros niños lo vieran. Atenuamos ese momento de tanta ansiedad e incertidumbre, tan natural, como solo los niños saben hacerlo, jugando. Entonces fue una carrera hasta la puerta, porque ninguno entraría. Acompañar en ese momento resulto tranquilizador para L, proponiéndoselo, respetando una vez más lo que el niño podía o no realizar. Esto se convirtió en rutina jugábamos, hacíamos algún peluche o juguete y subíamos a mostrarle a la “seño”. Por primera vez el tenía una seño. Una tarde, cuando se acababan las estrategias para lograr un acercamiento de L con sus pares, cuando proponía y siempre obtenía negativas, enojos e insultos decidimos junto al equipo dejar que fuera él quien una vez más nos dijera hasta donde podía llegar. Yo, buscaba en lecturas que

podieran aclararme el camino, estrategias que me sirvieran, en supervisión y hasta en terapia personal. Comprendí de este modo, que no eran mis tiempos los que debían estar en escena sino los de L, que como at, me había propuesto objetivos dejándome llevar por la escuela, los docentes, la ansiedad y expectativas ante tantos logros de L. Una vez más la teoría y la práctica me enseñaban cuales eran los pilares de los que debe valerse el at, en su praxis. El comprender y respetar sus tiempos implicó también mostrarles el camino a los demás para acercarse a L desde el respeto y sin presiones. Naturalmente se dio el acercamiento con otros niños a través de un intercambio de cartas, dibujos y golosinas, lo fueron invitando al jugar, aun sin suerte. Siempre permanecíamos en el mismo lugar, la misma “aula” en principio no salíamos de ahí en toda la jornada, con el tiempo solo lo hacíamos si no había nadie en la galería, y solo para ir al baño, buscar algún elemento necesario o ir a comprar la merienda. No nos cruzábamos con nadie. Con respecto a esto, en una ocasión unas niñas lo invitan al aula a conocer a los compañeros, L acepta y decide irse diciéndome, que lo espere en el piso de abajo. Sin dudas era un momento de mucha ansiedad no solo para L sino también para mí, era la primera vez que salía solo, o que entraría al aula, tenía temor de no acompañarlo, de no saber qué sucedería allí arriba, de no poder contenerlo si lo necesitaba. Me quedé inmóvil, casi media hora después, crecía la ansiedad y las ganas de ver qué estaba sucediendo ¿qué debo hacer? Me preguntaba, la respuesta era clara abstinencia, pero ¿abstenerme de qué? Según Chayan (2003) de aplastar con mi deseo la subjetividad del niño, debía privarme de aquello que tenía ganas de hacer, para ver lo que realmente L deseaba. Debía respetar lo que había pedido. Podía sentir en mi cuerpo la abstinencia característica de la ética del at, esa que tantas veces leí, eso era así se sentía.

“El vínculo que establece el at con el acompañado es de fundamental importancia, debe instaurarse fuera del egoísmo, debe posicionarse en un lugar que le permita crecer, cambiar y respete la subjetividad, que no la obture. La mirada del acompañante debe ser una mirada sin prejuicios que demarque posibilidades y no restricciones...nos referimos a la capacidad del at de suspender su propia subjetividad para alojar la emergencia de la subjetividad del otro” Frank, Dragotto (2006). Durante el acompañamiento muchas veces

me preguntaba acerca de mis intervenciones, ¿desde qué lugar hacerlas, cuál era mi posición ahí? ¿Cuándo era necesario marcar límite, hacer borde y en qué momento debía hacer espacio a la subjetividad de L? ¿Debía responder a las necesidades de quién? Sólo a las de L, permitirle ser él en esa pequeña aula, nuestra, segura donde él podía expresarse sin temor a ser juzgado, en su alegría, en su tristeza o enojo. Pudiendo desbordarse, pero sabiendo que estaría para contenerlo. Escuchar a L, qué podía, qué no, hasta donde, en qué tiempos. Y de acuerdo a la posición ética del at, los tiempos son del paciente, no del equipo, ni de los padres y menos míos. Ese nuestro lugar seguro, tiene las puertas abiertas, a veces salimos, muchas veces ingresan otros, vamos y venimos ¿Cuánto tiempo nos llevará conseguir permanecer en aula? No lo sé. ¿Cuántas veces más tendremos que ir y venir, subir y bajar, abrir y cerrar puertas antes de que eso suceda? Tampoco lo sé, pero los necesarios para L. Debí dejar de lado mi propia subjetividad, para que pueda aparecer L, para que nos indique el camino, debía abandonar los objetivos que yo misma me había puesto con respecto a este caso y poner en escena a L. No hay días que no sienta en el cuerpo la ansiedad y la incertidumbre de saber qué pasará hoy. Entendí la importancia del trabajo en equipo, la comunicación constante, pensar y repensar la estrategia siempre en conjunto, de acuerdo a la singularidad del niño. Trabajar con L no es fácil, es necesario estar alerta, anticipándome a lo que pueda pasar. Comprendí en carne propia lo que tantas veces había escuchado acerca de los pilares fundamentales del at, si, sin terapia personal, sin supervisión, sin trabajo en equipo, hubiera sido sumamente y hasta me atrevo a pensar, imposible el sostenimiento de este AT. Sigo buscando en la formación y en la actualización herramientas para trabajar con L, algunas las encontré y otras debí construirlas, L me mostró el camino, su camino. Construimos un vínculo sólido desde la confianza. Nuestro vínculo fue atravesando y aún atraviesa, como lo soñé una vez, fuertes vientos, donde mucha gente se vuelve, se escapa o prefiere no vernos, pero que sigue firme en su marcha atravesando días buenos, divertidos y hasta esos días de furia o mucha angustia o como él dice días en los que uno “mete la pata”.

Bibliografía

- Benítez, M. F; Del Corro, R; Machado, R; Morán, J; (2006) Importancia del Acompañamiento Terapéutico Escolar como especialidad
- Chayan (2003) La abstinencia en el Acompañamiento Terapéutico
- Frank ,M.L (SF) Reflexiones sobre la ética en el Acompañamiento Terapéutico
- Frank, M.L ; Dragotto, P (2006) Ética y Acompañamiento Terapéutico